

BOLETÍN

DE LA

BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO

AÑO III.—NOVIEMBRE-DICIEMBRE, 1921.—NÚM. 6

EL CHURRIGUERISMO ⁽¹⁾

(DISCURSO INÉDITO DE D. JUAN AGUSTÍN CEAN BERMÚDEZ)

Así llaman en España un nuevo género de Arquitectura, muy diferente de el que nos dexaron los Romanos en el reyno; y no será de extrañar que al oír su nombre haya quien atribuya su invención a algún español, descendiente del árbol de Garnica.

Digamos ahora qual fué la causa de llamarse así, que más adelante procuraremos descubrir su origen, y si podemos, marcar sus caracteres y aspecto.

Tranquilizada la España después de la guerra de sucesión, y bien entrado el siglo XVIII, se posesionó enteramente este nuevo género de Arquitectura de todas las muchas y grandes obras que se construyeron en la península. D. Francisco Hurtado Izquierdo, que era nada menos que maestro mayor de Madrid, tenía admirados todos los doctores, catedráticos, conserjeros, obispos, dignidades, canónigos y padres maestros de todas las religiones, que eran entonces los primeros votos en las materias artísticas, con las tres muy ponderadas obras que acababa de construir: a saber, los dos grandes sagrarios de las Cartuxas del Paular y de Granada, y la sacristía o capilla del cardenal Salazar, de la catedral de Córdoba; obras que todavía veneran algunos de estos señores, como unos restos de la ilustración de aquel tiempo y del buen gusto en las bellas artes, tanto por sus

(1) Debemos expresar aquí nuestro agradecimiento al ilustre bibliógrafo y erudito el Excmo. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle, que generosamente y por su devoción al Maestro, nos autorizó publicar en el Boletín este notable discurso cuyo autógrafo posee. (Nota de la Redacción.)

resaltos y enorme hojarasca, quanto por la riqueza de sus mármoles y bronces, mal empleados.

Pero el que tenía embargada toda la atención de la corte era un D. Pedro de Ribera, también maestro mayor de Madrid, con la fecundidad de sus producciones, y con la facilidad con que desempeñaba el tropel de tantas y tan grandes obras, que su reputación le proporcionaba. El solo fué quien trazó, empezó y acabó el quartel de Guardias de Corps, y el hospicio general de Madrid con sus furibundas portadas, la muy nombrada de San Sebastián en su parroquia, el seminario de Nobles, la iglesia y fachada del monasterio de Monserate con sus melindrosas torres, la ermita de N.^{ra} S.^{ra} del Puerto a orilla del Manzanares, la iglesia de los Irlandeses en la calle del Humilladero, la de San Antonio Abad en la de Hortaleza, el teatro de la calle de la Cruz, las fuentes de la Puerta del Sol, Red de San Luis y Antón Martín, y otras varias obras, que a pesar de su deformidad, todavía son el ornamento de esta heroica villa.

¿Y quién sería capaz de presentarse en la palestra a vista de tan valientes campeones? D. Josef Churriguera, que nacido y criado en Salamanca, donde se aplaudían entonces los paralogismos de los catedráticos y escolares, los retruécanos de los oradores y los equívocos de los poetas, y donde estaba recibida la máxima de que *el ingenio humano más se perfecciona quando más se sutaliza sobre ideas abstractas*, vino a Madrid, recomendado con grandes elogios de aquellos doctores, cuyas cabezas estaban llenas de estas mismas ideas, que tenían trastornada la del miserable Churriguera. Pues siendo cierto y constante que las ciencias y las artes tienen entre sí mucha analogía, también lo es que caminan de consuno hacia sus progresos. Pero quando las opiniones pretenden alterar sus invariables principios, se precipitan en el abismo de la ignorancia, como la experiencia nos ha demostrado en aquella desgraciada época, y nos quiere demostrar en esta.

El primer destino que se dió en Madrid a Churriguera fué el de ayudante de trazador mayor de Palacio, que no quiso desempeñar por su soberbia y presunción, pues se creía superior a todos y a su mismo jefe D. Teodoro Ardemans, a quien tampoco quiso sugetarse; y por consiguiente no se le satisfacía el sueldo. Vivía en su casa ocupándose en diseñar túmulos o catafalcos que se levantaron hasta las bóvedas en los funerales de todos los que podían costearlos, aunque fuesen asistentas, renteros, o ricos revendedores, escribanos, mercaderes y otros poseedores de la substancia nacional, con elocuentes elogios de sus exemplares virtudes, que pronunciaban con universal aplauso sabios e ingenuos oradores churriguerescos; enormes caxas de órganos cuya discordancia arquitectónica entorpecía la armonía de sus máquinas interiores; pomposos púlpitos en forma de brocales enriquecidos con toda la gala de calados, cimbalillos,

goteras y granadas, y otras menudencias, unos colgados, o a medio empotrar en los postes del templo, y con peligro del orador, si llegase a acalorarse en la acción, y otros que descansaban sobre robustas peanas revestidas con todo género de adornos nuevos y flamantes, que sin duda procuró imitar D. Pedro Duque Cornejo en los sus admirados púlpitos de la catedral de Córdoba; pero todos cobijados con encumbrados y piramidales sombreros, que despedían ráfagas y resplendores, capaces de deslumbrar y de robar la atención de los que oían la palabra de Dios; retablos de varias formas, cóncavos y convexos, entrantes y salientes: retablos mayores, retablos colaterales, retablos para capillas, retablos arrimados á los principales postes del cuerpo de la iglesia, retablos para camarines, para sacristias, para oratorios, para ermitas, para claustros, salas de profundis, escaleras, y hasta para las porterías de los conventos; retablos también para las plazas, plazuelas, calles y encrucijadas; y retablos para las puertas, pórticos y zaguanes, como los hay en Valencia, Andalucía y en otras devotas provincias. Con lo que logró D. Josef desterrar los sencillos, antiguos y necesarios, que habia en los templos, henchir estas de hojarasca y colocar otros en sitios, al parecer no decentes, pero lo serán quando se permite que permanezcan en ellos.

Así acabó sus días en esta córte sin haber tenido ningun otro empleo, sin haber trazado, ni construido ninguna obra de cantería, mas que el palacio, iglesia y demas edificios del Nuevo Bastan, que por empeño le confió D. Juan de Goyeneche; la casa que ahora ocupa la real Academia de san Fernando, antes estanco del Tabaco, con su horrenda portada, que mas adelante se picó para poner en su lugar la noble y sencilla que ahora tiene; el haber empezado la iglesia de san Cayetano; y el haber proseguido desde el basamento hasta los arranques de los arcos la capilla mayor de la de santo Tomás, que habia trazado D. Manuel de Torifa.

No eran suficientes todavía estas obras para dar nombre á un nuevo genero de Arquitectura, que duró en España cerca de un siglo con gran aceptación, y en el que se consumieron inmensas sumas de pesos. Pero lo que no pudo lograr Churriguera en vida, lo consiguió su escuela después de muerto. Mas esto no es de admirar, pues acontece, que los sequiaces de un sistema suelen darle mejor ayre despues de la muerte del autor, y aun resucitarle aunque hayan pasado muchos años despues de su extincion.

Dexó Churriguera tres hijos, un hermano y dos sobrinos, fieles imitadores del gusto, estilo y donayre de su buen maestro, como lo acreditaron con sus estupendas obras: D. Geronimo, D. Nicolas y D. Mathias (que así se llamaban los hijos) siguieron construyendo la gran fábrica de la iglesia de santo Tomás de Madrid, que el padre habia dexado empezada; trazaron y erizaron su furibunda portada del *Plus quam Salomon*; y despues de haber concluido con prosperidad

el dilatado templo, vieron con sosiego desplomarse la cúpula, con funesto estrago en la gran concurrencia que á la sazón habia en él, por haber sido en uno de los días del Jubileo del año santo de 1725.

Del mérito y osadía del hermano D. Alberto el Magno tenemos un irrefragable testimonio en la respetable fachada de la catedral de Valladolid, que se atrevió á manchar con sus inspidas y ridículas añadiduras, y á alterar las venerables líneas del gran Juan de Herrera, que la habia trazado.

De los sobrinos, D. Simon Tomé Gabilan, aunque no mas que escultor, fué un acérrimo sectario de su tío en el arte de retablero. No dexó ninguno antiguo en Castilla la vieja que no transformase a su manera churrigueresca, incluso el mayor de la hermosa catedral de Leon, que habia trazado su hermano ó primo D. Narciso Tomé, quien le encomendó la execucion.

Este D. Narciso es el otro sobrino y discipulo de Churriguerra, y el mas esforzado sostenedor de su secta. Este es el segundo Scipion, que mantuvo con su escoplo en Castilla el honor de su escuela, y vengó los ultrajes que sus primos, los hijos del gran Churriguera, padecieron en la desgraciada ruina de la cúpula de santo Tomás. Este fué quien alborozó la España con su asombrosa obra del Transparente de Toledo, que él solo *delineavit, sculp. simulque depinx;* como dice la inscripción, que quedó grabada en él para perpetua memoria de los desatinos y monstruosidades que contiene.

El título de arquitecto que le habia conferido aquel ilustre cabil-do, el sitio mas considerado de España, en que se colocó la obra, su extraordinario tamaño, su exórbitante coste, que ascendió á 200 mil ducados, las famosas corridas de toros, que se celebraron en Toledo para su estreno, la inmensa concurrencia de toda la Mancha y del Tajo acá, las octavas rithmas que se compusieron en alabanza de esta *Octava maravilla, y el Panegiris, ó breve descripcion del maravilloso Transparente, que costosamente erigió la primada de las Españas,* impreso en aquella ciudad el año 1732, acabaron de dicitir:

«Que no pudo haber en toda
«La redondez de la tierra
«Desde Augusto acá tal obra,
«Tal autor, ni tal Mecenas.

Como cantaba en nuestros días con diferente motivo el mas salado de los poetas modernos.

Ya se vé ¿con tanto estrépito y alboroto qué habia de suceder en España? Lo que era consiguiente: una general alteración en las bellas artes. No hubo clérigo ni fraile, calzado ni descalzo, sacristan ni dem andadero, que aturrido con tanta grandeza, no encareciese la inimitable habilidad de Tomé y la gracia con que habia descortezado las oclumnas de su Transparente, y prescindido con desembarazo de

aquellas decrepitas, monótonas y cansadas líneas rectas, paralelas y perpendiculares, que nos introduxeron los Celtas, Rodios, Fenicios y otros rancios albañiles, y que tanto tenían fastidiado á sus cabildos, parroquias y capitulos; y cada uno en su interior, y todos juntos en sus respectivos cóncaves, juraron unos de hinojos y otros en cuclillas ante la deidad á quien los Egiygcios taparon los ojos, dejandola descubiertas sus orejas puntiagudas, de no mandar, ni aun permitir hacer para sus templos, ermitas y sacristias ninguna obra grande, mediana ni pequeña, ya fuese de piedra, ladrillo ó estuco, de madera ó fuste, de papel de straza ó de carton, de bronce, plata y hasta de oro, que no fuese por el gusto, traza y estilo del Transparente de Toledo. Con lo que el Churriguerismo ó escuela churrigueresca subió á la cima de su prosperidad y exáltacion, y quedó prescribiendo el modo y forma, el gusto y manera de exercer las tres nobles artes en todo el reino.

Hasta aquí el nombre y encubramiento de esta secta. Dexémosla por ahora en su despótico señorío derrocando venustos retablos, despedazando estatuas antiguas, destrozando ricos y nobles adornos y levantando nuevos monumentos de su infección, hasta que la luz y la sabiduría hagan ver sus errores, y la sepulsen en su propia infancia. Tal es y será siempre la suerte de los que se gobiernan por su capricho y prescindien de las inalterables reglas, que nos dexó la venerable antigüedad.

Busquemos entretanto su origen, y averigüemos quien fué el primer delirante, que atreviéndose á despreciar tan sabias leyes de la Arquitectura, qual otro Icaro quiso remontarse sobre ellas mismas. Muchos años hace que le busco entre nuestros profesores y no le encuentro; pues aunque descubro alteraciones y novedades en la de los Godos y en la de los Arabes, son efectos de la natural aversion que unos y otros tuvieron a los Romanos, hasta querer desterrar de la memoria de los Españoles todos sus usos, costumbres, formas y aspectos de sus edificios, presentandoles otros enteramente diferentes.

Tampoco puedo hallarle en los que nos construyeron los cruzados á la vuelta de su viage de Palestina, que ahora llaman con impropiedad Góticos ó Tudescos, y que tantos progresos hicieron en el reino, como lo demuestrán casi todas nuestras catedrales, palacios y fortalezas, porque este género de edificar y embellecer es un mixto, que participa del de los Godos y del de los Arabes.

Buscábale en aquellos, que los Egas, Covarrubias, Silöes, Vigarnis, Badajoces y Machucas levantaron en fines del siglo XV y principios del XVI, quando comenzó á resucitar en España la arquitectura romana y tampoco le hallaba; pues aunque los veia ataviados con genios, bichas y otros adornos no mal executados, notaba el temor y parsimonia con que procuraban adoptar las reglas de Vitruvio, como lo confiesa el capellan de la Reyna catolica Diego de Sagredo en su raro libro *Medidas del romano*.

Por ningún motivo debí inquirirle en lo restante de este siglo XVI, pues entonces llegó la Arquitectura en España al colmo de su gravedad, decoro y perfección, á que la exálzaran Juan Bautista de Toledo, que falleció en 1567, y Juan de Herrera en 1597, con el fomento y protección del sabio é inteligente Felipe II que murió muy poco después en 1598.

La falta de apoyo de estos tres ilustres varones no tardó mucho tiempo en conocerse en el reino; pues aunque Francisco de Mora, su sobrino Juan Gomez, y algunos otros profesores procuraron conservar el esplendor de este arte durante el reinado de Felipe III, en el de Felipe IV empezó su decadencia, que corriendo el resto de la dinastía Austriaca, perdió toda su nobleza, sencillez y economía en el adorno; y se precipitó en el principio de la Borbónica hasta el estado en que la dexó la secta churrigueresca. Bien saben los literatos la alteración que también tubieron las ciencias en esta época, y así se confirma lo que se dixo al principio de este Discurso, que ellas y las nobles artes, como buenas compañeras, son inseparables en sus progresos y desgracias.

Aunque siempre he estado yo bien persuadido de la verdad de esta máxima, y de que la corrupción del buen gusto en las ciencias pudo haber contribuido a la de la Arquitectura, insistía en buscar la causa más inmediata en sus mismos profesores, o en los de las demás bellas artes, considerando que, quanto más unidas estén entre sí, están más expuestas a perjudicarse unas a otras, ya sea por los respectivos intereses de cada una, ya por la variedad de principios, y ya por los diferentes objetos a que se dirigen.

En efecto, he observado varias veces en obras del siglo XVII, que los escultores, encargándose de hacer una portada, un retablo, o un sepulcro, que pertenecen exclusivamente a la Arquitectura, con un ligero conocimiento que tomaron de este arte, por su interés, o porque desearon engalanar estas obras con adornos ajenos de él, las recargaron con baxos-relieves, jarras, targetas y festones, alterando las reglas y simetría de los cinco órdenes.

Lo mismo he notado hicieron los pintores de aquel siglo en paramentos de teatros, en monumentos de semana santa, en arcos y fachadas de funciones reales, rompiendo arquitrabes, truncando cornisas y rellenando frisos y demás planos de invenciones extravagantes y de nuevos aderezos, dictados por el capricho y por una fantasía acalorada, sin sugestión a los preceptos vitruvianos.

Esto y mucho más hicieron buenos y grandes pintores y escultores en obras de Arquitectura, y como estaban acreditados en sus respectivas profesiones, con su buen nombre se creyeron autorizados para amancillar el decoro y magestad de esta obra.

¿Quién hizo en ella los primeros estragos, sino el célebre escultor Juan Martínez Montañés, y el celeberrimo escultor y pintor Alonso

Cano, en los retablos que erigieron en Sevilla durante el primer tercio del siglo xviii? ¿Quién más adelante en Madrid, que el denodado pintor Ricci, el escultor y pintor Herrera-Barnuevo, y hasta el mesurado y contenido Claudio Coello?

¿Quién, en fin, causó mayores perjuicios a los progresos de la Arquitectura española que el teólogo y erudito pintor D. Antonio Palomino, no tanto con su pincel, quanto con su pluma, canonizando los dislates y barbaridades que públicamente cometían los demás pintores y escultores de su tiempo en obras de Arquitectura?

Se distinguían sobre todos ellos Francisco de Herrera el mozo, y D. Josef Donoso, pintores, que habían estado en Roma: circunstancia que después de llenarlos de orgullo y engreimiento, los autorizaba para emprender obras de mucha consideración, por que *Nil pictore malo securius*. Así es que se confiaron al primero, nombrado maestro mayor de las obras reales el año de 1677, los planos que trazó de la catedral del Pilar en Zaragoza, que es de enorme pesadez y desproporción fastidiosa; y al segundo, también nombrado maestro mayor de la santa Iglesia primada de España en 1685, la planta y alzado de la iglesia y portada de la parroquia de san Luis de Madrid, que no son menos indigestas y fastidiosas; y los diseños de varios retablos mayores, incluso el historial y arborificado de san Basilio, que pudo escapar de la furia francesa, para señal y divisa de los despropósitos borrominescos.

Estos eran la admiración de Roma quando Francisco de Herrera y Josef Donoso arribaron allí; y como no iban cimentados en la buena Arquitectura, muy pronto se decidieron por ellos. Fué el autor de este nuevo cisma en aquella capital del orbe Francisco Borromini, buen arquitecto, y el primer hombre de su siglo (como dice el autor de las vidas de los arquitectos) por la elevación de su ingenio, pero el último por el modo con que abusó de él. Al principio imitaba y celebraba las producciones del Bernini; pasó después a ser su émulo, y aun su enemigo declarado; y no pudiendo superarle por el camino trillado y conocido, buscó el de la novedad, que le obligó a prescindir de las reglas, y le precipitó en las extravagancias: marcha que han seguido siempre los heresiarcas hasta caer en sus errores. Y como hubiesen adoptado ciegamente los de Borromini nuestros dos pintores y arquitectos aventureros, a su vuelta en España la infestaron con ellos, y prepararon la senda que había de seguir en el siglo inmediato la escuela churrigueresa.

Así me figuraba yo la historia de la decadencia y transformación de la Arquitectura greco romana acá en la Península, quando habiendo llegado a mis manos, pocos dias hace, un libro harto raro, que jamás había visto, me obligó a cortar el hilo de esta misma historia, a principiarla en el año siguiente en que falleció nuestro sabio arquitecto Juan de Herrera, y a escribir este discurso.

El libro es en folio grande, o en papel de marca mayor, todo lleno de estampas, sin otra escritura que el título, el prólogo y alguna corta advertencia en el principio de cada una de las cinco órdenes en un bronco latín semi-tudesco y en un francés antiqüado, no fáciles de comprehender. Para poder vencer esta dificultad los traduxo como Dios fué servido; y la portada dice así:

«ARQUITECTURA

»De la constitución, simetría y proporción de las cinco columnas, y de toda la estructura artificiosa que de ella procede, como de ventanas, chimeneas, pórticos, o portales, fuentes y epitafios.

»A saber: de qué modo por la razón simétrica de las cinco columnas pueden estas cosas delinearse rectamente, edificarse convenientemente y artificiosamente acabarse.

»Todo en gracia o en obsequio de los aficionados y amantes de este arte.

»Inventada para aprenderla con recto y fácil método: delineada en doscientas figuras artificiosas; y compuesta por Wendelino Dietterlin, pintor de Strasbourg.

»Con privilegio de S. M. Cesarea por diez años en Norenberga, a costa de Huberto y Balthasar Caymox. 1598.»

Todo estampado con letras encarnadas y negras en el hueco o claro que tiene la misma portada en forma de jarra. El demás adorno exterior es ridiculo y extravagante y parece pertenecer al orden dórico, solamente porque tiene unos triglifos en lo que quiere ser cornisa, interrumpida en mil partes. Descansa este cuerpo, si tiene traza de tal, sobre un zócalo, pedestal o machón, tan arbitrario y caprichoso como lo de encima; y delante de este zócalo se presenta en primer término un targetón recortado, en cuyo fondo se vé un reloj de arena, del que nace la planta de un arbusto con su flor o fruto, que no conozco, aunque sospecho que su nombre en tudesco tenga alusión al de *Wendelino* o al apellido *Dietterlin*. Rodea en círculo estos signos una culebra, simbolo de la eternidad y de la sabiduría, que atraviesa el reloj, sobre el qual, y en el centro del círculo, está la cifra o monograma de los dichos nombre y apellido; del mismo modo que yo lo copio y adopto en la portada de este mi Discurso, como divisa de él, en el supuesto de haber sido Wendelino el verdadero autor del churriguerismo. Además sostienen a los lados lo que parece cornisa dos pesados arbotantes enlazados con festones de frutas. Más abaxo cuelgan de unas cintas los instrumentos de la Pintura y de la Arquitectura, agrupados con muy buena gracia; y vuelven a aparecer adornando el zócalo los sobre dichos festones con otras garrambaynas. Por último se atraviesa por delante y al pie del targetón una especie

de friso sencillo con este lema: *Profert, commutat, concludit et omnia tempus*, que sin duda alude al enigma arriba figurado.

Dudo que el lector entienda esta descripción a pesar de haber puesto yo tanto cuidado en aclararla como en traducir el título de la obra. Pero tenga entendido que tal qual está, es una muestra exacta de lo que contienen y representan las demás estampas, que en honor de la verdad están todas muy bien diseñadas y mexor grabadas al agua fuerte con limpieza y desembarazo pintoresco por el mismo Wendelino.

De este grabador ya yo tenía noticia en un registro universal de todos los grabadores en dulce para el conocimiento y arreglo de mi copiosa, antigua y escogida colección de estampas; y aunque sabía haber sido un hábil pintor, ignoraba que hubiese caído en la manía de ser arquitecto, y de querer ilustrar y corregir la antigua Arquitectura greco-romana, por lo que tuve un extraordinario placer con este descubrimiento, como de un manantial de todos los desatinos y disparates que se dixeron e hicieron después de él sobre este arte en el Norte, en Italia y en nuestra España.

De lo que relata Dietterlin en el confuso prólogo de este libro, se deduce que hubo de haber escrito y publicado otro antes del año de 1598, y yo sospecho que fué acerca de las medidas, proporciones y buenas formas de la Arquitectura, pues asegura haber ofrecido en él grabar apéndices de ventanas, chimeneas, pórticos o portales, fuentes y epitafios, que precisamente es el asunto de esta presente obra, y lo que representan sus estampas. Pero lo más extraño e increíble es que también diga «que por quanto las reglas y preceptos de la »recta proporción y simetría andan obscuras y confusas, se vió »precisado a emprehenderla, para desvanecer los errores en que han »caído los discípulos y el fastidio que les causa la dificultad que tie- »nen en sí.» Solamente un loco pudiera hablar en estos términos, o un ignorante que no conoce la exéncia de la Arquitectura, o un temerario que, dando por supuesto que la luz es tenebrosa, y que lo bueno es malo, y que buscando una falsa gloria, arrebatado de su amor propio, quiere mexorar lo óptimo con lo péximo. Tales son los malditos apéndices, que grabó y publicó en este segundo tomo, abor- tando la manera tortuosa con un flujo de ornatos muy distantes de la simplicidad, que es la basa de la belleza y de la gracia.

Dividió esta obra en tantas partes quantos son los órdenes de Arquitectura, que él llama columnas. Después de medir cada una de ellas, sus pedestales y cornisamentos, y de señalar los nombres, figuras y proporciones de sus respectivos miembros, comenzó a dar ensanche a su frenética fantasía (imposible será que yo atine a referir el modo), inventando pedestales de diferentes hechuras: unos en punta, o más delgados por arriba que por abaxo, y otros al contrario. Los hay en forma de dos arbotantes, unidos por el pie, y de modillo-

nes por basa; y los hay en figura de botija con asas. Si por descuido presenta alguno paralelepípedo, como regularmente son todos, rellena sus netos y vaciados con escudos, cartelas y cintaxos; y diseña zócalos con honores de pedestales, pues aunque lisos, no siempre son cuadrados, y les clava en el medio un realce almohadillado.

En las columnas manifiesta más que en otras partes la fecundidad de su ingenio y travesura. No hay ni puede haber género alguno de ellas que no diseñe. Columnas antorchadas o salomónicas: columnas ventradas o tripudas: columnas abalaustradas, canaladas o estriadas, almohadilladas, desacompañadas, empotradas y columnas pareadas. Y para que no parezcan tan esveltas las reviste y aforra con abrazaderas resaltadas, tahalies, cadenas, sargas de perlas, emparrados y pedruscos, cortados a manera de diamantes.

En lugar de columnas usa muchas veces de cariátides con brazos (que no son muy comunes), machos y hembras y de todas edades: unas en carnes, otras vestidas de arrapiezos, con llaves, botijas de vino, perdices, galápagos, cucharas y otros instrumentos de boca pendientes de sus cinturas; por último, otras armadas de punta en blanco, cuyas cabezas sirven de capiteles y de pilastras, pilastras resaltadas, y retropilastras con tontillo en lo alto, y a pies junticos en lo bajo, a manera de un pirámide vuelto al revés.

Diseña capiteles simbólicos y desconocidos, que no pertenecen a ningún orden de Arquitectura: arquitrabes undulantes: frisos repletos de quanto crió o no crió la naturaleza: cornisamentos en medio círculo y en ángulo, unos rotos o interrumpidos del todo, y otros a medio romper: atrios ni vistos ni soñados hasta entonces: frontones sobre frontones, que amén de su común triángulo, unas como rajadas de melón rodean el tímpano, nunca vacío de cangrejos, escorpiones, ranas y otros anfibios, que asoman por curiosidad sus cabezas por encima de la cornisa: acroteras ochavadas con delantal; pirámides u obeliscos redondos y achatados: chapiteles gibosos, y otros remates, que nunca llegan a ser términos.

Vacia arcos de todo punto, arcos rebajados, arcos torales, de encuentro, escarzanos, apayuelados, por tranquilo y de otros géneros: nichos puntiagudos y cuadrados: puertas en media luna, en ángulo y de mil maneras: ventanas y claraboyas de otras mil; y ánditos o corredores macizos, perforados y con balaustres. Y en sortija por último los arbotantes, que quanto más sencillos son más hermosos con vueltas y revueltas, volutas y espirales.

Estas son las partes integrantes conque Wendelino compuso el todo de sus fachadas, pórticos, galerías, fuentes, grutas arquitectónicas, retablos, escudos de armas, mausoleos y otros sepulcros que nombra epitafios. Y si no bastase, como es regular, la descripción tan exacta que acabo de hacer de estas partes, para venir en conocimiento del carácter, indole, fisonomía y talle de esta nueva Arquitectura,

tendré paciencia, y me esforzaré a desmenuzar con la más posible claridad los accesorios con que la engalanó, a ver si así se puede a lo menos formar una idea más cabal de sus delirios.

Ante todas cosas: no dexó hueso sano el buen Argentinese a ninguno de los miembros de las cinco órdenes de Arquitectura, que no moliese, rompiese y despedazase, y que no transformase su figura y diseño, con que los distinguieron y caracterizaron Vitruvio, Serlio, Palladio y otros respetables maestros del arte, con nuevos y viles disfraces, ajenos de su dignidad, e impropios de sus respectivos oficios y significaciones. Aliborró los plintos y basas de las columnas, que por su naturaleza son lisos y tersos, con huecos, rosetas, y otras menudencias que no les pertenecen. Lo mismo hizo con los cimacios, abácos, toros, listeles y listelones, junquillos, anillos, tenias o filetes y otras pequeñas molduras lisas, que son incapaces de poder admitir ningún reblicaque ni garrapato.

Los triglifos del orden Dórico, que diseñó, baxan unas veces a ser biglifos, y suben otras a quadriglifos; y los hay que ni aun señal les quedó de glifo alguno, cercenándoles además las seis gotas, hasta dexarlas en tres o en ninguna; pero los colocó con elegancia y novedad en las dovelas y claves de los arcos, de lo que yo apostaré no se encuentra un exemplar en las ruinas de Palmira. ¡Quan desemejables aparecen las metopas sus vecinas! Ya no son cuadradas, como en lo antiguo, sino paralelogramas, y están enriquecidas con targetas, mascarones, armaduras y cuernos de Amaltea. ¿Pues qué diré de los modillones, que las cobijan? ¿Quién es capaz de copiarlos? ¿Quién de entrar por sus rincones, por sus volutas, ni por sus sinuosidades?

Es muy difícil hablar con acierto de lo que representan los sófitos o pafiones de las cornisas en los órdenes Dórico, Jónico y Corintio, pues en nada se aparecen a los que diseñó Vignola, ni otros antiguos y modernos arquitectos. Todo es nuevo, todo muy realzado y cargado, tanto que parece imposible poder sostenerse, quando su gravedad lo inclina hacia el suelo. El mismo temor se tiene de las repisas por su demasiada proyectura, abundante talla, y poco apoyo, o ninguna firmeza en el pie. ¡Qué de novedades y extrañezas en las formas de los vasos y jarrones que sobre ellas descansan! Ya no son etruscos ni romanos: unos tan delgados y sinuosos en sus cuellos, como los de las cigüeñas, y otros tan achatados en sus vientres, como las bacinillas con que los freros demandan las limosnas: los hai con asas y sin ellas, en forma de ánforas, hidras, cazoletas y lucernas: lisos y entallados con figuras y festones; y los hay panzudos y redondos.

También aparecen mascarones horribles y endiablados, que hacen a ambos sexos, esculpidos no solamente en los claves de los arcos, y en las bocas de las fuentes, que son los sitios donde más comunmente se colocan, sino también en los fustes de las columnas, estipi-

tes y pilastras, en los mistulos o modillones y repisas, en los frisos del cornisamento y en los custilos o intercolumnios. Targetas y targetones cóncavos y convexos con perfiles entortijados, y sostenidos a veces por genios, sátiros y animales. Testáceos o conchas, vistos por delante y por detrás, grandes y pequeños, acomodados en los tímpanos de los frontones, en los capirotos de las puertas y ventanas, en los nichos, y en el lugar de los triglifos. Festones de yervas, flores, hojas y frutas, que rodean y abrazan las columnas, como la yedra a los árboles, y que entran y salen, se ocultan y asoman por entre las vueltas y revueltas de los arbotantes y de los targetones. Cayreles de flores y perlas, que cuelgan de las repisas y targetas: guirnaldas y coronas de lo mismo, que guarnecen las pilastras y los jarrones. Rosetas y rosetones de diferente forma y gusto de los antiguos, que están resaltados en los sófitos de las coronas y de los arquivates, y en los huecos de los arcos.

Acompañan y enriquecen estos peregrinos adornos grupos de parracos y de otras aves nocturnas, que anidan en las adaraxas de los frontispicios, o se remontan a los chapiteles: de cetáceos y menores peces, que se chapuzan en los pilones de las fuentes, o arrojan agua por sus bocas: de culebras, culebrones, insectos y otras feas sabandijas, que se escabullen por entre las rebueltas de los arbotantes, y por entre las rehendijas de los stilobatos. Grupos de trepadoras cabras y cabrones, que se encaraman hasta las acroteras, y sirven de remates en los frontones: de perros, osos, lobos y jabalies, enzarzados en sangrientas riñas y peleas: de ximios lascivos y jugueteros, y de sátiros epicenos, lozanos e incontinentes. Grupos de geniecitos alegres y traviesos: de ninfas hombrunas y venatorias, de otras más garridas y amables en ademán de hacerse unas a otras la ciquiritaca: de nereydas y tritones escamosos, que regentean las fuentes: de adalides y fieros campeones, armados de todas armas, que arrojan venablos por los ojos. Grupos de escudos, morriones, petos, lanzas, cachiporras y saetas: de cañones, morteros, balas, arcabuces, mosquetes, chafarotes, y de otros instrumentos dañinos y mortíferos.

En fin, para que no quedase nada que desear, entremetió entre estos ornatos grupos apetitosos de caza y pesca, de pasteles y embuchados, de confituras y conservas, y de otros platos delicados de cocina y repostería; de odres de vino y de redomas de licores, a lo que parece era asaz aficionado el estrambótico strasburguense, según aquí lo manifiesta, y lo manifestó en el prólogo de este libro con un ejemplo no muy oportuno, de que el buen vino no necesita ramo en la taberna para su pronto despacho, en prueba de quan presente tenía en sus escritos y diseños al que pudiera haber sido muy bien causa de ellos.

Llegó a tanto su extravagancia y deseo de novedad, que trazó fachadas rústicas en edificios civiles figurando ser de troncos y tablas

los pedestales, columnas y demás partes del orden dórico. Aun es más nueva y original otra muy robusta y almohadillada, que también diseñó, cuyos zócalos son morteros de aplaca empinados, y las columnas cañones de a 36, que se encaxan en las bocas de los morteros, imitando las suyas con sus filetes los capiteles del mismo orden. Amontonó en los nichos de sus intercolumnios capacetes, sobre vestas, carcaxes, arcos, ballestas y otros arneses; sentó a Marte en lo alto presidiendo esta fortaleza, y montó en los extremos cañones de varios calibres sobre claveteadas cureñas, y en derredor cubetes con balas y los instrumentos de limpiar y cargar aquéllos. No paró aquí el furor de su endiablada imaginación: quiso ser devoto, y no acertó a serlo, porque no conocía el decoro y dignidad con que se deben representar los héroes y misterios de nuestra sagrada religión. Puso por remate de una fuente la estatua de San Cristoval cargado con el Niño Dios, quien coloca sobre la cabeza del santo un gran globo o mundo, que arroja agua por muchos abugeros. Elevó la del glorioso San Sebastián encima de la pila de otra fuente, rodeado de paxaritos que descansan en las ramas del árbol a que está atado, arrojando también chorros de agua por sus heridas y saetas. Representó al arcángel San Miguel en una caberna, armado y caballero sobre un dragón, peleando con Lucifer, y derrocando demonios, semejantes a los que describe Milton, entre los cuales se describe uno que embraza por broquel una tinaja de vino con asas, y otros transformados en horrendos pájaros. Sentó al Salvador del mundo en una magnífica fuente, arrimado a un soberbio pedestal y en colloquio con la Samaritana, profana y ricamente vestida hasta descubrir una pierna y muslo: más abaxo presentó una ninfa estruxando sus pechos con ambas manos, que despiden agua con abundancia en el pilón, sobre cuyo borde está descansando un apóstol, mientras permanece otro en pie, encaramillotado sobre una repisa, y cargado con panes y peces. No quiero proseguir refiriendo el modo con que representó los misterios, por no escandalizar más a mis piadosos lectores. ¿Y habrá alguno que no arrugue la frente, junte las cejas, frunza los labios, o no alce el brazo en ademán de no creer lo que llevo escrito? Pues todo está grabado y estampado con las licencias necesarias de S. M. Cesarea; y todo, o su equivalente, lo hemos visto y vemos todavía esculpido de vulto en piedra, bronce y madera por la escuela churrigueresca.

¿Qué no había de sapos y culebras en la portada de la academia de San Fernando? ¿Y qué no hay de peñascos, concavidades, escuerzos, culebrones y otros reptiles, en la del marqués de Dos-aguas en Valencia? ¿Qué de retortijones en pilastras, estípites y columnas, qué de arquitrabes, frisos y cornisas ensortijados, y qué retozar de angelitos unos con otros, no se descubren en medio de la confusión del retablazo del sagrario de la catedral de Sevilla? ¿Qué de mamarracha-

das en los dos grandes y costosos armatostes de la colegiata de la misma ciudad? ¿Qué de absurdos y puerilidades artísticas en el trascoro de la catedral de la Seu de Zaragoza, en otras iglesias de Aragón, y en retablos modernos de las de Valencia, Andalucía, las dos Castillas y hasta en las de las provincias vascongadas, que no se hallen en este libro? ¿Y sobre todo, qué hai de nuevo en el jamás olvidado Transparente de Toledo, que no sea una copia exácta y puntual de todos los desvarios fraguados en la mollera de Wendelino Dietterlin? Ni frailes descalzos, cartuxos ni trapenses borrarán de la mía que este gran tomo fué el pilón en que bebió de bruces el churriguerismo hasta hartarse y empaparse en todas sus máximas, gusto, estilo y manera de delirar, delinear y esculpir.

Parece que con esto queda averiguado el origen de un cisma que tanto daño causó a la Arquitectura española, y en cuanto puedo y valgo descripta su caricatura. Veamos por último quién fué el paladín que pudo dar en tierra con esta hidra, y cortar sus multiples cabezas ya esparcidas por todas las provincias.

Estaba reservada esta gloria al memorable D. Ventura Rodríguez, restaurador de la Arquitectura greco-romana en España en el siglo XVIII. Nacido entre las tinieblas del Churriguerismo, vió por la primera vez la luz de la verdad y del saber en el modelo de madera de un gran palacio real, que trazara el famoso D. Felipe de Iuvara, y se había de construir en Madrid, en cuya ejecución trabajó el mismo Rodríguez. Luz que a manera de un rayo desprendido del Olimpo, o de la antorcha de Prometheo, sin cuyo resplandor ningún artista puede llegar a serlo, le transformó de repente en un perfecto arquitecto.

Decidido a no seguir otro camino que el que había visto en el modelo, con su estudio teórico de los mexores autores ultramontanos, sin salir del reyno, y con la sola observación de las obras que los romanos nos dexaron en España, y de las que erigieron Juan de Toledo y Herrera en Aranjuez, Madrid y Escorial, construyó otras que, a pesar de la envidia, pueden ser sus competidoras.

No fueron todavía suficientes para exterminar el nombre y fama de la escuela churrigueresca, porque tenía en su favor todo el partido de muchos poderosos ignorantes, y no de pocas corporaciones eclesiásticas y seculares, que la defendian. Pero la ilustración en las ciencias que volvió entonces a renacer en la península, las reales academias de la Historia, de la Lengua española y de las Nobles artes, al ver tan acertadas obras, se pusieron de parte de Rodríguez y de su escuela; y acabaron de conocer y detestar las de la Churriguera, que el zeloso viagero D. Antonio Ponz vituperó y ridiculizó hasta hacerlas odiosas y despreciables en todo el reyno.

Este era el estado en que se hallaba la Arquitectura a la muerte de su principal protector el Sr. D. Carlos III, en cuyo feliz Reynado

se limpió a Madrid de sus inmundicias, se allanaron sus calles, salidas y paseos, y se construyeron la fábrica de la china, que por favor volaron nuestros amigos, la puerta de San Vicente, la sublime de Alcalá, el hospital general, la casa de los aguardientes, la magnífica de la aduana y otros edificios dentro y fuera de la corte; quando las ciencias exáctas abrigaban en su seno a la Arquitectura, como a su propia hija: quando la oratoria y poesia, sus hermanas, se igualaban a las del siglo xvi: quando se entendía y hablaba el idioma de las bellas artes en las secretarías del Despacho: y quando los magistrados, imitando a Marco Tulio, no se desdeñaban de elogiarlas en público y con inteligencia, ni de hacer el panegírico de sus hábiles profesores.

El Sr. D. Carlos IV derramó sobre ellos su beneficencia a manos llenas; y condecoró a su digno arquitecto D. Juan de Villanueva, cuyas obras y las de sus discípulos cerraron del todo la puerta al mal gusto en la Arquitectura, y nos confirmaron en el bueno.

Ansioso S. M. de conservarle, mandó que no se construyese ningún edificio público en sus estados sin el exámen y aprobación de las academias de las nobles artes.

Con igual afecto y vigilancia procura sostenerle su augusto hijo D. Fernando VII nuestro Soberano, poniendo a la cabeza de estos sabios establecimientos a su muy amado hermano, el serenísimo (sic) señor D. Carlos María de Borbón, para contener los abusos que el tiempo y la variedad de gustos y pareceres pudieran introducir en ellos. Quiera el Cielo que la flaqueza, que ya se nota en las ciencias exáctas, en la literatura, más en la poesia y en otras ciencias y artes liberales no contamine la pureza de nuestra Arquitectura, pues estando tan íntimamente unida a ellas, como se ha dicho, no sería extraño resucitase el Churriguerismo en España, y se verificase el antiguo adagio romano, *Sequitur Vara Vibiam*.

D. Diego Clemencin, Secretario de S. M. con exercicio de decretos, individuo de número de la real Academia Española, de honor de la de San Fernando y secretario perpetuo de la real de la Historia.

Certifico: que de los libros de la secretaría de dicha Academia de la Historia, que están a mi cargo, consta que en el acta de quince de noviembre de este año hay un párrafo del tenor siguiente. «Leí un papel intitulado *Origen del Churriguerismo*, en que su autor el Sr. D. Juan Agustín Cean Bermúdez nuestro académico, después de referir con tanta inteligencia y erudición, como gracia, la historia de la corrupción de la Arquitectura en España a fines del siglo diez y siete y principios del siguiente, da noticia de un libro publicado por Wendelino Dietterlin a fines del diez y seis en Es-

»trasburgo, de donde congetura con mucho fundamento pu-
»dieron tomar y copiar sus extravagancias nuestros arquitectos,
»contribuyendo a ello también los malos exemplos que algu-
»nos de ellos tomaron en Roma del Borromini, y otras causas
»que el Sr. Cean indica con mucha verisimilitud y juicio. La
»Academia oyó con singular complacencia y aplaudió unáni-
»memente la lectura de este papel, en que se liberta a nuestra
»nación del borrón de haber producido los abortos y extra-
»ños del Churriguerismo.» Y para que conste donde conven-
ga y sirva al interesado para los usos que tenga por conve-
niente, doi la presente que firmo en Madrid a veinte y quatro
de Diciembre de mil ochocientos diez y seis. — Diego Cle-
mencin.
